

cuya dulcísima sombra descansan, nó sólo los cautivos redimidos, y los débiles fortalecidos en la fe, y los cobardes apartados de la apostasía, sinó que descansan también los Nonnatos, los Armen-goles, los Serapios, las Marianas de Jesus é innumerables otros que, derramando su sangre ó sacrificándose todos por sus hermanos y amigos, dan á sus cuerpos reposo bajo el árbol de la Merced, y gloria á sus almas en el cielo á la sombra de su Madre y nuestra Madre Maria Santísima.

¿Y dónde estás, real y militar Orden de la Merced? ¿Qué se ha hecho de tus iglesias y de tus monasterios? ¿Á dónde han ido á pasar sus moradores con sus insignias, con sus virtudes y con sus sacrificios? ¿Qué hizo de aquel árbol que la inclita Reina de las misericordias plantó en nuestro suelo para redención, libertad y salvación de los cautivos cristianos? Responda por mí, si tiene alientos para ello, el siglo á quien caracterizan la promulgación de todos los delirios, y la proclamación de todas las libertades, ménos la verdadera. El árbol de la Merced, como tantos otros, dejó de existir á los sacrilegos golpes de la impía revolución: el árbol de la Merced no tiene ya raíces con que afianzarse á la tierra en que fué plantado; no tiene ramas que sirva de renuevos para otras plantaciones, ni frutos de dónde pueda desprenderse la semilla que perpetúe la existencia de esta bienhechora institución: el árbol no existe...

He dicho mal, católicos; existe y existirá; tiene raíces escondidas y profundas, que con la savia de la virtud, de la oración y de la penitencia, se alimentan y viven en una tierra de bendición: esas castísimas redentoras, si no lo son de los cautivos cristianos, lo serán indudablemente de los pecadores con las oraciones de sus labios y el amor de su corazón; tiene ramas: degajadas están del tronco, es verdad; son ese corto número de mercenarios dispersos de aquí para allí, y tal vez destinados por la Providencia para que, al sonar la hora suprema, no lejana acaso en los designios del Omnipotente, sean los restauradores del Orden de la Merced, herederos y dispensadores de la infatigable caridad de Nolasco: el árbol tiene simientes, tiene frutos; lo es una ilustre archicofradía que se desprende de la institución de la Virgen Santísima de las Mercedes como un grano de mostaza que derivada de ella y marchando á su lado, y hoy sola, perpetúa el recuerdo de las glorias de nuestra nacionalidad, y sirve á su manera de testimonio de las grandezas de la Religión que profesamos. Á la prueba, y concluyo.

La real y primitiva archicofradía de Maria Santísima de las Mercedes, establecida en esta iglesia, es semejante al grano de mostaza de que habla la Escritura, que, creciendo, llegó á ser un árbol corpulento y muy frondoso. *Simile grano sinapis, quod crevit et factum est in arborem magnam.*

«Esta misma corporación en su fundación, en su objeto y en su propagación, dá testimonio innegable de las grandezas de la Religión que profesamos.» Exagerará, dirán unos: adulará, murmurarán otros: es muy difícil, si no imposible, que pueda demostrar lo prometido, objetarán la mayor parte...

Diré á los primeros que se tranquilicen, porque la exageración no cabe, no tiene lugar en el púlpito: nuestra Religión, nuestra Iglesia, nuestras ceremonias, nuestro dogma, nuestra moral, nuestro culto, nuestros Santos, hasta nuestras aspiraciones, si son verdaderamente cristianas, son tan grandes, resplandecen con tal magnificencia, que el orador aparece siempre pequeño en sus encomios.

Contestaré á los segundos que descansan, porque la adulación y la lisonja, que es el lenguaje de la hipocresía, el idioma de las pasiones del mundo y de Lucifer, no solamente no subirán á la cátedra del Espíritu Santo, sinó que ni entrarán de las puertas adentro del santuario donde reside la Majestad de Dios, que es la verdad suma: á los últimos, finalmente, les suplicaré que esperen para emitir su juicio á la conclusión de mi discurso: confío en que sencillamente demostraré lo enunciado, contando, por supuesto, como lo hice en el principio, con los auxilios de la divina gracia.

Para ello no miro á las formas sinó es al fondo: no me detengo en la letra sinó en el espíritu; no me dejo cautivar por deslumbradoras apariencias, sinó por la esencia y por la realidad.

Maria, co-redentora del mundo, redentora de los cautivos cristianos españoles y Madre de esperanza y de misericordia, destacaba á principios del siglo pasado una centella de su flagrante caridad en el corazón de unos cuantos amantes hijos suyos.

Vuestros primeros ascendientes, ilustres archicofrades, escucharon dóciles aquellas palabras de Jesucristo que aseguran su permanencia allí donde hay dos ó tres congregados en su nombre. *Ubi sunt duo vel tres in nomine meo, ibi sum in medio eorum.* No desoyeron tampoco al espíritu divino, que enseña cuán bueno y cuán agradable es el que los hermanos no sean más que uno. *¡Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!* Y dijeron: «Reunámonos por Jesucristo y formemos con su espíritu un solo pensamiento, una sola voluntad y un solo corazón: el pensa-

miento sea Maria Santísima de las Mercedes, la voluntad dirijase á justificar la grandeza de la Religion que profesamos, y el corazon no abrigue otro sentimiento que el amar á Dios sobre todas las cosas y el prójimo como á nosotros mismos.»

¿Lo has escuchado, cristiano auditorio? El día 3 de Setiembre del año de 1724, la Emperatriz mercenaria dejaba caer en este mismo templo la primera semilla de ese plantel; la Religion la abrigaba bajo su manto, y el Sér Supremo se encargaba de fecundarla y enaltecerla por los medios más adecuados á su inexcrutable voluntad: la primera piedra estaba puesta, y el edificio tocaria su fin: la simiente se habia depositado en una tierra vírgen, y el árbol creceria, y el fruto llegaria á su sazón.

Aquí tengo que separarme ya de las formas y de las apariencias para entrar en el fondo y en la realidad; por eso debo no hacer mención de la aprobacion de las primeras constituciones y confirmacion de las segundas en 1824 y 1831: ni de la soberana proteccion con que la condecoran, y la honra que reciben al estampar sus augustos nombres en los libros y recibir el escapulario de la Virgen Santísima de las Mercedes, nuestros católicos Reyes, los infantes y la nobleza, y el señorío y la grandeza de España.

Suprimo, aunque de mucho valdria á mi propósito, la indicacion de las ansias con que sufrían, y los desvelos é ingeniosos esfuerzos que esta corporacion desplegaba por poseer en propiedad una Imágen de su purísima Capitana; y el regocijo santo, y la cristiana gratitud en que rebosaron sus corazones cuando en 1846 obtiene ese hermoso simulacro, tutelar del suprimido convento de mercenarios de Santa Bárbara de Madrid.

No quiero enumerar el rápido incremento que tiene su personal, afiliándose en ella personas de todas clases, estados, categorías y condiciones: ni tampoco voy á explicar lo que significan esa multitud de donativos, mejor que donativos, por ser para quien son, diré yo finezas expresivas, indicaciones sinceras del amor que profesan los hijos á su Madre, que la ofrecen todos sus individuos, pero muy particularmente las archicofrades y camareras.

No es mi ánimo reseñar los dispendiosos gastos que ocasionan á esta Archicofradía el sostenimiento con decoro y con exactitud de sus importantes obligaciones: y prescindo por de contado absolutamente de llamar vuestra atencion hácia el aparato, esplendor y suntuosidad que despliega en la celebracion de todas sus solemnidades, especialmente en la novena de Maria Santísima,

Señora nuestra. Y digo que prescindo de todo, porque todo seria nada si faltara ese elemento constitutivo de lo que es de Dios y para Dios.

En todas las obras de Dios, en las de Jesucristo, en las de Maria Santísima, trasciende el aroma de la caridad, no de otra manera que el aroma exquisito de las flores privilegiadas se aspira, se encuentra, se percibe en todo lo que las rodea: la caridad ni se puede fingir ni se puede ocultar; despojemos á esta hermosísima virtud de una sola de las condiciones que la hermosean, y habrá dejado de existir la caridad: quitemos la caridad del Cristianismo, y el Cristianismo es un cadáver.

Pues bien; la caridad no tiene límites, no halla excepciones, no reconoce diferencias, es universalísima; comprende á Dios; á nosotros, á nuestros hermanos; es el sol que alumbra á los buenos y á los malos; es la lluvia que cae sobre los justos y los pecadores; es la vida, es el mismo Dios. Este espíritu, pues, y no otro, es el que alienta vivificador esta naciente reunion de hijos de Maria, que al colocar sobre sus hombros el escapulario santo de la Merced, se dicen inspirados por el sentimiento religioso:

«*Seamos para Dios*, honrándole en su Madre, y guareciéndonos bajo la proteccion del Príncipe San Miguel: *seamos para nuestros semejantes*, inquiriendo y remediando las necesidades espirituales y temporales, no sólo de los cautivos, sino de los que no lo fueren: y nó solamente durante la vida, sino tambien despues de la muerte: *seamos para nosotros mismos*, asistiéndonos, y consolándonos, y corrigiéndonos con amor fraternal, vínculo de la perfeccion cristiana; unámonos bajo un solo pensamiento, que es Maria, y contribuyamos así á justificar las grandezas de la Religion en que vivimos.»

Tal es su profesion, y como la pronuncian la cumplen; empieza el árbol á tener incremento, cuando en 2 de Enero de 1725 la ínclita institucion de la Merced la recibe en su corazon: no estaria tan falta de la caridad, no seria tan extraña hija cuando se vé acogida por tan excelente Madre: ni tan escasos frutos prometeria cuando la dán el dulce título de hermana los venerables hijos de San Basilio, San Agustín, San Elías, los capuchinos, los dominicos, los trinitarios y la infatigable é invencible Compañía de Jesus.

Ni perecerá ni decaerá lo que el Sér Supremo marca con el sello de su especial predileccion: la Iglesia, depositaria fiel de las divinas misericordias, la enriquece con gracias inmensurables que autorizan Benedicto XIV, Leon XII y otros romanos Pontífices.

La ilustre Archicofradía, católicos, es ya un árbol que se engrandece, y que tiene vida propia, porque le nutre el jugo de la caridad divina.

¿La queremos ver de Dios? Contemplémosla siendo siempre, con el cuerpo y con el alma, de la Virgen Santísima de las Mercedes. ¿La queremos ver del prójimo? Considerémosla en 1751 contribuyendo con cuánto tiene y con cuánto puede á la redencion de cautivos que entónces se verifica: veámosla muchas veces socorriendo las necesidades universales y particulares de todo género, de los que imploran su proteccion: observémosla penetrando sin interrupcion en el Purgatorio, cuyas puertas abre con el sufragio de la limosna y de la oracion, y redimiendo de aquellos tormentos á las almas que los sufren, con la dulce enseña de su sagrado escapulario. ¿La queremos ver de sí misma? Pues asistamos á los cuartos domingos, en que sus individuos renuevan el espíritu de su fervor y devocion: no faltemos á las misiones cuadragésimales, á que asisten con el santo fin de reformar sus costumbres, y unirse más íntimamente á Dios por medio del arrepentimiento y de la penitencia.

Mirémoslos extasiados en el oficio solemne de los maitines del 24 de Setiembre, recordando y figurándose oír la seráfica melodía con que en una noche inolvidable Maria Santísima descendió á cantarlos con los ángeles en el coro de Barcelona; y basta, señores... Pulsemos una por una las fibras de su corazon, leamos el gran libro de su alma, evoquemos sus sentimientos en este novenario; y hoy que concluye, dirán por mí, que soy su indigno intérprete, que nada han hecho, que si algo han hecho es muy poco, porque ambicionan hacer mucho más por Dios, por Maria Santísima, por sí mismos y por sus semejantes.

La caridad es la médula, es la esencia de nuestra Religion; la caridad es el alma del Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, redencion de los cautivos cristianos; la caridad es la que impulsa, vigoriza y sostiene á su Archicofradía. El don divino, la virtud sobrenatural, el sentimiento generoso, llámese como se quiera, de la caridad, es lo que promueve esas grandiosas empresas, esos heróicos sacrificios sobre que se funda la verdadera grandeza, y de que dan testimonio los pueblos y los individuos.

Ya no me dirán los recelosos que la real, inclita y militar Orden de redentores de los cautivos infelices, inmediatamente formada por la Virgen, y que la ilustre Archicofradía, que de ella se deriva no son en su institucion, objeto y propagacion, un relevante testimonio de las grandezas de la Religion de Jesucristo, cuando su

vida es el verdadero amor, y su único pensamiento es Maria Santísima de las Mercedes.

Habrás advertido, corporacion ilustre, que al aplicar á tu origen y desarrollo la parábola del grano de mostaza, he omitido decir que, siendo árbol de florido y hermoso ramaje, anidaban y descansaban en tí todas las aves del cielo: y lo he omitido de propósito porque, si piadosamente debo creerlo, no lo puedo asegurar. No seais como aquellos árboles y como aquellas plantas que solo sirven para adornar la superficie que los sustenta, pero cuyo fruto, si le hay, es de sabor insípido, y cuyas flores, si tienen color, carecen completamente de aroma; las virtudes son las flores del cielo, son las flores de la tierra, son las flores del alma, son las flores de la Iglesia y de toda sociedad; sin las virtudes no mereceréis la gracia; sin la gracia desfalleceréis, arrastraréis una vida lánguida, y en el dia tremendo de vuestra cuenta, la Reina del amor y de la misericordia se levantará, como la Reina del austro, á juzgar y condenar su generacion.

Si, por el contrario, firmes en la fe que profesais, perseverantes en esa caridad que os inspira y enaltece, aumentais y os engrandecéis en virtudes, en vuestro ramaje anidarán todas las aves del cielo; Maria Santísima os guiará en el desierto de la vida, os acompañará en las turbaciones de vuestra agonía, y despues de una muerte edificante, escrita vuestra sentencia final en el libro de la misericordia divina, con su misma corona laureará vuestras sienes de incorruptible inmortalidad en las moradas de la gloria. Así sea.

